

Andrés Pau

Muchos libros llevan alguna cita en las primeras páginas. Puede tratarse de una especie de aviso para navegantes despiadados, incluso una declaración de principios. En este caso, las citas son tres, a cual más sabrosa. La primera es de los guionistas de House, la célebre serie televisiva. La boca —o bocaza— del doctor Greg House pronuncia las siguientes palabras: «Las buenas historias son siempre guarras». Que nadie se llame a engaño; avisado está.

Antes que nada, un par de cosas: esta novela da mucha risa, pero que mucha. (Preferimos usar las palabras «risa» y «carcajadas» en lugar de «humor»; son más expresivas. «Humor» se ha convertido en una palabra casi asexuada.) También: tras las carcajadas se suele agazapar el sarcasmo, un sarcasmo procaz, duro, cruel, en ocasiones doloroso. Y también: todavía hay quien piensa que la risa transforma el arte —cine, teatro, narrativa, pintura, ópera...— en un producto menor, una especie de hermano pequeño y tonto del arte verdadero. Peor para ellos.

Estamos, pues, ante una novela especial: y no es una novela especial porque las ínfulas de su autor le hayan llevado a considerarla como tal, más bien al contrario. Es especial porque tiene el enorme mérito de no ser pretenciosa ni tratar de embaucar a nadie con supuestas calidades *king size*. No, en absoluto; *Los fantasmas de Edimburgo* tiene la frescura y la espontaneidad —no confundamos con el descuido ni el desorden, tampoco con la facilidad— de las novelas escritas en estado de gracia, y perdón por la obviedad del chiste.

El doctor en literatura inglesa Luis Miguel Ortiz, narrador en primera persona de la novela, se autodefine muy avanzado el libro —asomado a un aterrador precipicio vital— como un «brillante profesor de Literatura Norteamericana con una vida envidiable, una reputación y un futuro». Bastante antes de todo

La nueva novela de Eloy M. Cebrián es una sátira hilarante del mundo actual

La valentía del francotirador



Eloy M. Cebrián
Los fantasmas de Edimburgo
El Tercer Hombre, Madrid, 2008

ello, cuando nos habla de su niñez, se refiere a sí mismo como un «pequeño hijo de la gran puta». También —añadimos nosotros— es un trepa, un oportunista, un rastroero; un auténtico impresentable.

Ya desde pequeño, Luis Miguel advierte su innato don para las intrigas y el manejo de los demás, y se dedica a practicarlo hasta alcanzar una insólita perfección: pensamos en el paulatino y provocado proceso de enloquecimiento de su madre, narrado con un cinismo del que surge una inevitable carcajada; incluso dos o tres; o más. (Otra anotación: si alguien va a sentirse culpable por reírse de las desgracias de una madre, que

no lea el libro; pero, por favor, que tampoco coma mientras ve las noticias por televisión). Sólo la torpeza y la dependencia del sexo hacen que Ortiz cometa algunos errores; errores que lo barnizan con cierto fulgor de antihéroe que, sorprendentemente, lo convierten en alguien casi simpático.

Además, y por supuesto, *Los fantasmas de Edimburgo* es una novela políticamente incorrecta, una expresión horripilante —¿fascistoide?— por repetida, pero que resulta necesaria en estos tiempos modernos en que estamos a punto de reventar de bienestar e hipocresía. Tal vez —a nosotros, por otra parte, nos parece perfecto— la novela peca de excesiva en algunos momentos. Como dirían nuestras madres, «es que lo dice todo tan claro que...», y es precisamente por eso que resulta tan fresca y tonificante. Igual que un buen cubo de agua helada cuando estamos sentaditos a la mesa camilla, con las faldas del cobertor sobre nuestras piernas y el brasero en su justo punto de calor. Dando la primera cabezada. Entonces, ¡zas!, *pualà* al canto; por si acaso, por acomodaticios; menos humos. Así actúa *Los fantasmas de Edimburgo*, como un tónico perfecto contra el anquilosamiento y la autocomplacencia y cuyos efectos secundarios se reducen a un entretenimiento continuado, una saludable sesión de risoterapia —atención al palabro, que se oye cada vez más— y, a ser posible, pero eso ya depende de cada cual, una amarga reflexión sobre el mun-

do que nos rodea. La palabra francotirador sería muy apropiada para Eloy M. Cebrián, un francotirador mucho más valiente y audaz que los francotiradores al uso, y piensen ustedes en quienes quieran. Hay para todos, sin excepción, pero convendría repasar algunas mitologías progres y valorar en su justa medida ciertas actitudes bienpensantes. Ben el Ladillas le dice a Ortiz en un arrebatado de clarividencia, ambos disfrazados de mendigos por las calles de Edimburgo: «En el fondo de su conciencia saben que tienen la culpa de que tú y yo existamos. Somos dos granos en su terso y fragante culo de ciudadanos del mundo rico. Somos su responsabilidad, pero se morirían antes de reconocerlo. Somos desgraciados, parias, locos, gente al margen, carroña...».

Como dice la segunda de las citas iniciales: «La vida es como despertar en un tren rodeado de gilipollas».

Para quienes vivimos en Valencia, la novela tiene un añadido que la hace irresistible: gran parte se desarrolla en «la capital levantina» y en su Facultad de Filología. También —y en este aspecto puede leerse como un *roman à clé*— aparecen personajes reconocibles, entre quienes destaca el catedrático Enric Llorens, miembro destacado del claustro de la Facultad, excéntrico e insultantemente pagado de sí mismo, teatral, grandilocuente. En resumen y sin ningún género de dudas, un tipo que disimula la caspa con *glamour*. Es el Gran Jefe, el factótum. También es el creador, por si alguien todavía no se ha enterado, del Proyecto Shakespeare, que prepara la edición trilingüe —inglés, catalán, castellano— de la obra completa del dramaturgo inglés.

¿Y el título? Ah, Edimburgo, Escocia, las Highlands, el lago Ness, Stevenson... Digamos que la novela desemboca en la ciudad británica de la mano de su protagonista, que va allí a leer una ponencia en un Congreso que ha escrito un tal Diego y la ha firmado un tal Ge-

rardo. El encontronazo con unos *hooligans* del Celtic de Glasgow le interna en un descenso a los infiernos, caótico, sin sucedáneos: la vida —no sólo el hecho de estar vivo, también todo lo demás— de Ortiz pende de un hilo. Y no son metáforas para hacer bonito; son, si acaso, eufemismos para describir lo que le toca vivir a Ortiz, el ordenado y burgesito y reprimido Ortiz.

Añadir datos sería quitarle sal a la novela, y nada más lejos de nuestra modesta intención. Dicho de otro modo: lean *Los fantasmas de Edimburgo* predispuestos para la risa, empezando —como es lógico— por uno mismo; léanla sin contemplaciones, liberados de prejuicios, déjense llevar por un tipo que llama a las cosas

III Gran parte de la narración se desarrolla en Valencia y en su Facultad de Filología

por su nombre y por un escritor que ha tenido el ingente valor de no detenerse, para evitar la caída, cuando se asoma al despeñadero. Ha tenido la decencia y el arrojo de dejarse llevar a ver qué pasaba. Y lo que ha pasado es este pequeño milagro literario.

Disfrútenla, miren a los ojos de sus personajes, no sientan miedo ni se ruboricen al avanzar por sus vericuetos. Paseen por el caos, crucen la línea, atrévanse.

A estas alturas ya no cuela hacerse los exquisitos; seguro que son capaces de comer sopa sin sorberla ni derramar una sola gota mientras miran las noticias en la televisión.